



TALLER DE COSTURERAS

Mi amigo Sansón de Sasamón, un día me indicó un piso, en Madrid, regentado tan sólo por mujeres como “Taller de Costureras” diciéndome que “si han admitido en su casa al cura, que es mi amigo, por qué no habrían de admitirme a mí”.

Como suelo bajar a Madrid de vez en cuando para ir a visitar a familiares, decidí ir a verlas con el sueño feliz de comerme una ración de chochos, pues me encanta chupar coños, y morder sus clítoris.

Como soy de Burgos, y siempre me gusta llevar algún detalle de la Ciudad, compré en la Calle de la Paloma cinco morcillas bien calentitas, pues no me gustan las envasada al vacío.

-Qué guapo vas, vecino, me dijo una vecina; respondiéndole yo:

-Sí, voy a la Capi, Madrid.

El viaje, como todos los que se hacen en autobús, fue muy pesado. Pero yo pasé de ello, porque iba bien contento en encontrarme con unas tías buenorras a las que rompería las bragas con los dientes.

Llegué al edificio en la zona de Argüelles, y en la puerta del tercer piso número “A2” había colocado un cartel que decía: “Taller

de Costureras”. Llamé y me abrió una morena de ojos oscuros, ligera de ropa, que quemó y abrasó los míos. Ella me dijo:

-Pasa; ya nos ha dicho Sansón que vendrías.

Pasé al salón de costura, y sobre una mesa cuadrada estaban de pie e inclinadas trabajando ocho mujeres más, también ligeritas de ropa.

Yo les dije un poco bastante alelado:

-Aquí os traigo estas cinco morcillas recientes. Todavía están calientes aunque haya tardado el autocar casi tres horas en llegar.

A la que me abrió, y otras cuatro, al azar, les di una morcilla. Ellas, con contento, la olieron exclamando: “¡Qué rica! Es buena en buena fe”; , y se la metieron en el seno entre las dos tetas, marchando hasta la cocina.

Cuando salieron de la cocina, la que me abrió la puerta me preguntó mientras las demás me estaban mirando:

-¿A qué has venido?

Yo le contesté:

-Soy un aficionado al Coño de las tías, y vengo a comerme vuestros chochos.

Al instante, ellas no dijeron nada; pero yo las vi que miraban sus tijeras, entrándome un poco de miedo, recordando que hay hembras que le cortan la picha al macho.

Al cabo del silencio, la que me abrió, me dijo:

-Ahora no estamos por la labor. Ven otro día que estemos preparadas y elije a quienes tú quieras. Pero llama antes. Aquí tienes el teléfono.

Yo me sentí muy apenado, y no quería irme. Deseaba darle vida a mi lengua, aunque fuera con el trabajo de chuparles el pitorro aun sin cobrarles, y de pie mientras trabajaban.

-Tienes que marcharte, me ordenó la que me abrió. Muchos bellacos vienen a buscarnos, aunque seamos lesbianas, y a ninguno le hemos dado nuestro teléfono más que a ti. Puedes irte contento.

Yo le contesté, empezando a bajar las escaleras.

-Vale. No hay sábado sin sol. Ni lesbiana sin arrebol.

-Daniel de Culla